



Proceso de la colonización antioqueña

Desde 1780 salieron de la región de Antioquia centenares de familias pobres en busca de tierras vírgenes donde pudieran establecer fincas y fundar aldeas o pueblos. A este tipo de campesino se le llamó colono y todo este proceso fue conocido como Colonización Antioqueña. En un período de 100 años varias generaciones de campesinos colonos, empresarios y aventureros, conocidos como “los andariegos”, adelantaron una revolución agraria en las cordilleras Central y Occidental que tuvo como resultado la fundación de aldeas y pueblos, la marcación de caminos, el surgimiento de fincas y haciendas, la construcción de puentes sobre ríos y quebradas, el desarrollo del comercio de arriería con caravanas de mulas y bueyes y el impulso del cultivo del café. Sobre esta base se conformaron los actuales departamentos de Caldas, Risaralda y Quindío.

Las primeras familias, que se atrevieron a viajar hacia el sur, encontraron una selva que siglos atrás había estado poblada por las comunidades indígenas, pero que se hallaba abandonada. Principalmente buscaron zonas montañosas ricas en madera, árboles frutales, fuentes de agua y animales de caza y se establecieron en los terrenos que reunían estas características. Se dieron a la tarea de colonizar esa selva y con tal fin horadaron montañas, organizaron ranchos para vivir y cultivaron productos tales como maíz y fríjol.

Las familias de colonos solían despejar los caminos mientras iban avanzando. Con la ayuda de machetes y azadones abrían senderos por donde podían pasar los caballos con sus jinetes mientras que las personas enfermas o ancianas utilizaban el servicio del carguero. El acto de cruzar ríos, hondonadas y cañones, se convertía en una arriesgada aventura. Para solucionar el problema los colonos fabricaban tarabitas con una cuerda gruesa a través de la cual desplazaban una silla o caja grande para transportar a las personas o la carga de un lado a otro.

La construcción de caminos, puentes y senderos facilitó la llamada Colonización Antioqueña y las migraciones de familias campesinas. Para



unir los pueblos entre sí los colonos construyeron caminos de herradura que eran recorridos por los arrieros y sus recuas de mulas y bueyes en las cuales transportaban herramientas de trabajo, ropa, artículos de primera necesidad y café. A lo largo de estas vías fueron apareciendo fondas o tiendas donde los arrieros se acercaban a comprar o vender sus mercancías y también surgieron pequeños caseríos y pueblos.

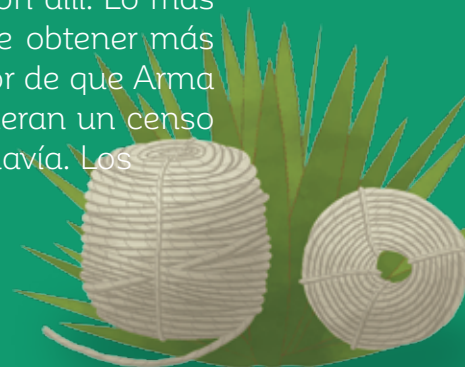
Don Manuel Pombo, en 1852, cuenta cómo fue su experiencia al atravesar uno de los tantos caminos que se cimentaron durante la colonización. En sus memorias registró las dificultades que entrañaban este tipo de trayectos. Al referirse al camino, dijo que la trocha era tan mala que se requería de mucha suerte para poder salir ileso de esa travesía. Las rocas, los pantanos, los barrancos y los abismos no sólo eran peligrosos sino que llenaban de vértigo y miedo a los viajeros, según las declaraciones de Pombo. También cuenta que, mientras más se acercaba a Manizales y más se alejaba de Salamina, el camino se hacía casi imposible de transitar. En una ocasión, dice Pombo, al llegar a un resbaladero, uno de los jinetes intentó hacer avanzar a una mula aunque sabía que el obstáculo era demasiado pendiente para bajarlo y demasiado alto para saltarlo. El resultado fue que la mula y el jinete fueron a dar al fondo de la pendiente.

A medida que el proceso de colonización avanzaba, los colonos construyeron puentes para cruzar los principales ríos. Por lo general, estos puentes estaban techados con paja o teja de barro para que allí los viajeros se pudieran proteger de las inclemencias del clima, descansar de las fatigas del viaje, consumir el refrigerio o conversar con otros viajeros. Estos puentes, además de ser una herramienta importante para los colonos que se desplazaban por esas tierras nuevas, se transformaban en símbolos de las experiencias poéticas de los viajeros. En ocasiones, por ejemplo, los transeúntes acostumbraban a escribir, con carbón o con piedra blanda y quebradiza, fragmentos de sus vidas sobre los travesaños de los puentes. Se podían ver mensajes como los que registró el escritor Tomás Calderón: "Por aquí pasó el tres de mayo de 1927, Pedro A. Romero, más aburrido que el diablo", "A las tres de la tarde pasó por este puente José R. Ospina, el día 20 de febrero de 1925, despechado por una mujer", "Con un calor de todos los infiernos voy para Salamina sin saber a qué diablos. Agosto 4 de 1926", "Por aquí pasó llorando Roberto A. Correa el día 7 de julio de 1929", "Paso por este puente sin una sola esperanza: he tirado al río todas esas cartas. El retrato lo rasgué. Ahora sí... que se vaya todo al demonio. Enero 22 de 1930. José V. Ramírez".

Quizás el puente sobre el río Moro, hecho de madera y sostenido por dos grandes rocas, ha sido el más emblemático de todos, pues muchas generaciones de colonos se refugiaron y cruzaron sobre él. A veces los puentes se quedaban solos, abandonados, cuando había mucha lluvia y los ríos se desbordaban y cambiaban de rumbo. El ejemplo que más se recuerda es el del puente que quedó solo cuando el río Esmeralda se desbordó. Tomás Calderón, que conoció el puente, al verlo cayéndose en pedazos sobre el abismo seco, llegó a comentar que ese tipo de edificaciones se deberían tumbar o, por lo menos, ninguna persona sentimental debería visitarlos.

A partir de esta edificación de caminos, puentes, construcción de fincas, surgimiento de familias y fundación de pueblos, se empezaron a formar las tres rutas más importantes de la colonización antioqueña: la ruta del norte, guta, el gobernador de la provincia de Antioquia le solicitó al Virrey de Santafé de Antioquia y Rionegro que Arma (en ese momento estaba bajo la jurisdicción de Popayán) pasara a ser manejada por dicha provincia. Entre los argumentos que esgrimía el gobernador estaba el hecho de las constantes visitas de los empresarios y el pésimo estado en el que se encontraban los 29 días de caminos entre Popayán y Arma. Los vecinos de la Vega de Supía y de Quiebralomo empezaron a visitar Armaviejo y su población cercana con el fin de llevar a cabo la explotación ganadera y beneficiarse de las minas de sal. Entre los empresarios que visitaron estas zonas para apoderarse de las minas de sal que había, estaban Francisco Bermúdez, que tenía en sus salinas muchos fondos y negros; Vicente Jaramillo, que tenía un salado en la región que le suministraba cinco arrobas de sal por semana; Alonso Jaramillo, que tenía un salado en La Manga y producía seis arrobas semanales y Manuel de Villegas, que explotaba sal en la quebrada de Pácora.

Luego, el gobernador Francisco Silvestre solicitó el traslado de Arma a Rionegro, arguyendo que el caserío estaba abandonado, que eran muy pocos los habitantes y que la mayoría de estos habitantes no tenían buenos recursos económicos y además eran negros y mestizos. Con el tiempo se autorizó el traslado de Arma, pero hubo muchos habitantes que no estuvieron de acuerdo con el traslado y se quedaron allí. Lo más probable es que los lugareños de Rionegro, por el afán de obtener más tierras para su población y más títulos, extendieran el rumor de que Arma estaba casi deshabitada. Esto llevó a que los armenos hicieran un censo para demostrar que esta zona se encontraba ocupada todavía. Los



habitantes de Rionegro decidieron presionar a los armeños robando la Virgen del Rosario, que según el sentir popular, había sido un obsequio a la población por el rey Felipe II. Estas disputas hicieron que Armaviejo siguiera en el abandono y la pobreza hasta que la colonización lo reviviera.

Durante el periodo comprendido entre 1800 y 1825, centenares de familias de colonos salieron de Antioquia, principalmente de los pueblos de Rionegro, La Ceja, Marinilla, Sonsón y Abejorral, rumbo al sur. Los colonos le dieron nueva vida a Arma, organizaron la iglesia y lo transformaron en un pueblo con fondas, tiendas y casas (llamadas posadas), para el descanso de las familias. En este sitio los colonos solían comprar víveres o pequeños mercados antes de seguir su marcha hacia el sur.

Las familias de estas regiones, movidas por el fuerte crecimiento de la población, por la falta de oportunidades, por las dificultades económicas y la falta de recursos naturales (los suelos del altiplano del Oriente estaban en mal estado), se dispusieron a buscar otras tierras y otros recursos, en especial minas de oro. Eso los llevó a cruzar por la población de Arma para después llegar al filo de la cordillera Central y fundar la aldea de Aguadas. Allí tumbaron la selva y levantaron varias fincas. Otras familias siguieron hacia el sur, fundaron el poblado de Pácora y se establecieron allí con el fin de aprovechar el buen clima y la riqueza de la selva. La población iba creciendo cada vez más para la época de 1808, lo que propició el desplazamiento de nuevos grupos de colonos, liderados por Fermín López, que cruzaron el caudaloso río Pozo y subieron a otro de los filos de la cordillera, hacia Sabanalarga, que luego se llamaría Salamina. Este camino facilitó el desarrollo de estos pueblos que se caracterizaron por su vocación agrícola, en especial la producción de maíz, fríjol, plátano, yuca y arracacha, y su actividad comercial impulsada por los arrieros.

Estos pueblos estaban limitados por el río Cauca y por los centros mineros y mantuvieron estrechas relaciones económicas con las dos regiones, por lo que se hizo imperativo trazar una nueva ruta a la que llamaron el Camino del Oro.





Camino del oro

Entonces se movió la “frontera del sur de Antioquia” cuyo límite era la población colonial de Arma; pero también se estiró la “frontera del norte Caucaño” que, aunque iba hasta Cartago, tenía un importante enclave en la conocida zona minera de Marmato, Vega de Supía y Quiebralomo. El Camino Real de Occidente puso en contacto las dos fronteras, las hizo estirar, por la llegada de familias pobres y de empresarios, aprovechando la coyuntura de las guerras de independencia y, luego, por las guerras civiles.

Las ricas minas de oro de los pueblos coloniales de Marmato, Supía y Riosucio (en el actual departamento de Caldas) habían sido explotadas a menor escala por los indígenas desde antes de la llegada de los conquistadores españoles; pero cuando estos se instalaron en la región, trajeron esclavos de África con el fin de intensificar la extracción del oro. A partir de 1826, cuando de nuevo se impulsaba la minería en Marmato y Supía, numerosas fincas de colonos enviaban a la región minera su producción sobrante de maíz, frijol, plátano y panela. Esto hizo posible que los agricultores pudieran acumular dinero para comprar herramientas y aumentar la producción, con el consiguiente estímulo de los mercados, lo que contribuyó a la fundación de Pácora y Salamina, en especial, para tener sitios de intercambio de productos. La producción de artículos alimenticios estimuló al mismo tiempo la industria porcina, pues los sobrantes de maíz, frijol y yuca se utilizaban para engordar cerdos. Desde 1830 se empezó a manifestar este fenómeno entre los colonos; era frecuente que los campesinos compraran cerdos flacos, los engordaran con “aguamasa” y luego los vendieran para los prósperos mercados de Marmato, Supía, Itagüí y Medellín. De esta forma los artículos de subsistencia, al transformarse en producción porcina, introdujeron al pequeño campesino del norte de Caldas en una economía de mercado que le permitió disponer de dinero para adquirir herramientas de trabajo y utensilios para el hogar distribuidos por los arrieros que llegaban de Medellín.

Ruta colonizadora de don Fermín

Cuando ya había sido fundada Salamina, algunos dirigentes y colonos, bajo la dirección de don Fermín López, tomaron la iniciativa de abrir un camino hacia Cartago (Valle del Cauca) para que pudieran llegar más familias a la región. Don Fermín había nacido en Rionegro y se había

convertido en uno de los fundadores de Salamina, en 1825. Años más tarde,

en 1837, decidió emigrar con otras familias al sur del río Chinchiná con el fin abrir camino hacia el Valle del Cauca. Trajeron el sendero hasta que llegaron a un paraje donde tiempo después fue fundada la población de Manizales (1849). Estos nuevos colonos se ubicaron al pie del Cerro Sancancio, levantaron algunos ranchos y sembraron la tierra. En 1843 abandonaron esta tierra y se dirigieron a Cartago (Valle del Cauca). De este modo señalaron el camino para que centenares de familias recorrieran la misma ruta, organizaran nacientes fincas y fundaran nuevos pueblos. Este fue el camino más importante del siglo XIX en esta zona del territorio colonizado.

Durante la cimentación de esta ruta, el primer pueblo que se fundó fue Neira. La compañía González-Salazar instó a fundar una parroquia para poder "controlar" sus tierras y, sobre todo, para legitimarlas ante el temor de una invasión generalizada que condujese a la fundación de un pueblo por iniciativa de los colonos. En esta dirección el señor Elías González, obrando como representante de la Compañía, hizo circular un impreso fechado en Rionegro (abril de 1842), por medio del cual se invitaba a los colonos que iban llegando a fundar una población en las "incultas montañas de Chinchiná", con el nombre de Neira. Luego vino la fundación de Manizales. Los colonos avanzaron desde Neira hacia el sur y se asentaron en la región conocida con el nombre de Morrogacho. Aquí tumbaron monte y organizaron cultivos para satisfacer sus necesidades, pero pasado el tiempo surgió la necesidad de fundar un poblado que sirviera de aglutinante para realizar mercados e intercambiar productos, pues Neira y Salamina -que eran los centros de mercadeo- quedaban muy retirados. Esta idea empieza a ser planteada desde 1846, pero sólo cristalizó dos años después cuando por iniciativa de algunos colonos, que tenían organizadas sus labranzas, se concibió la idea de realizar una exploración hacia el sur para buscar un lugar apropiado y hacer una nueva población.

Se acordó una reunión en Neira para los últimos días del mes de junio de 1848 y se determinó hacer un viaje (6 de julio del mismo año) con el exclusivo fin de fundar una colonia. La excursión se llamó "Exploración de





los Veinte" por estar integrada por igual número de personas propietarias de parcelas (sin contar los peones asalariados que llevaban algunos colonos empresarios o más acomodados como Marcelino Palacio, Manuel Grisales, Joaquín y Antonio María Arango, entre otros).

En resumen, a lo largo de este camino se fundaron las siguientes poblaciones de Caldas: Neira (1843), Manizales (1849), Filadelfia (1850), Villamaría (1852), Aránzazu (1853), Chinchiná (1857), Santa Rosa de Cabal (1843) y Pereira (1863) (estas dos últimas hoy forman parte del actual departamento de Risaralda). Todas fueron surgiendo como pequeñas aldeas, que se transformaban en caseríos cuando los nuevos pobladores levantaban la iglesia, trazaban la plaza y organizaban el mercado.

Cultura de los colonos

Todo este proceso de colonización dio como resultado una cultura de familias trabajadoras, religiosas, austeras y grandes. Colonizar la selva era una tarea que duraba meses o años. Por esta razón, los hombres no se podían ir solos al monte, tenían que llevar a sus esposas. La pareja se adentraba en la selva desconocida con algunas pocas pertenencias: un hacha, un morral, semillas, la prole, el azadón, el machete, la pala y la esperanza de construir un nuevo hogar entre las montañas vírgenes. De esta manera, con grandes dificultades y esfuerzo, el joven matrimonio lograba construir su casa que en un principio no era más que un cuadro de pastar para la vaca y el caballo y una sementera de tres hectáreas, que era el lugar para cultivar el maíz. En esa pequeña finca nacían los niños y las familias empezaban a crecer. Esas primeras familias pasaban sus días con la pica, la domesticación del bosque, el cultivo en la roza y en la sementera y la limpieza y conservación de los caminos.

Los oficios de los miembros de la familia se repartían según el género de sus miembros. Por un lado, las mujeres se dedicaban a las tareas domésticas, que consistían en cuidar la huerta, ordeñar a las vacas, alimentar a las gallinas y a los cerdos. Las hijas compartían el trabajo de las madres, que de paso servía como un entrenamiento para sus futuros matrimonios. Por otro lado, los hombres abrían los caminos y los mantenían limpios cortando el pasto y la maleza con sus machetes; además se encargaban del ganado y de los caballos. Los niños, al igual que las niñas con sus madres, emulaban al padre. Se entrenaban para las tareas que tendrían que llevar a cabo en el futuro. Gariteaban (es decir, les llevaban comida y todo tipo de víveres a los hombres que

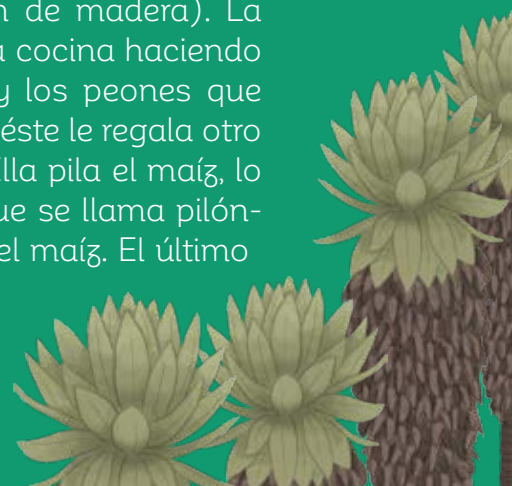
trabajaban en el campo), encerraban a los terneros y mantenían la sementera libre de pájaros y de ardillas.

Todas estas actividades hacían que la vida de la familia colona fuera dura, por sus tareas extenuantes y difíciles; pero al mismo tiempo era posible la estabilidad económica, la propiedad privada y la independencia. Así se formó la idiosincrasia de la familia campesina, que consistía en la austeridad, el trabajo duro, el ahorro y el rechazo de la pereza.

Luego de un tiempo, las familias empezaron a crecer, pues los hijos se hacen mayores y conforman una segunda familia, que se adhiere a la primera. La casita -que tenía apenas un caballo, una vaca y una sementera-, se agranda. Hay nuevas habitaciones, la sementera tiene más hectáreas, hay más vacas y caballos. Todo esto forma una casa grande de bahareque, con techo de tejas y una cabaña de guadua.

Con el nacimiento de las nuevas familias también nacieron nuevas costumbres. A los hijos se les imponía en la casa que debían “alargar sus pantalones”, esto es, esperar hasta el momento más propicio para conseguir esposa. Por consiguiente, eran los padres los que decidían sobre el matrimonio de sus hijos. Así se mantenía la estabilidad económica de la familia. Las hijas, en cambio, se casaban jóvenes. En el momento de la primera menstruación se pensaba que ya estaban listas para el matrimonio y las madres las entrenaban para ello y les escogían esposo. Cabe decir que tener la primera menstruación era una experiencia muy dura para las mujeres, pues durante la niñez no se les enseñaba nada sobre sexo -tenían incluso que bañarse con la camisa puesta- y de golpe tenían que lidiar con todos los menesteres de la vida marital.

Entre las imposiciones de los padres y los deberes de la casa se forman las costumbres de cortejo de los hijos que ya tienen edad para el matrimonio. El pretendiente le entrega a la novia un almúd de maíz (el equivalente a una arroba que se medía con un cajón de madera). La prometida tiene que hacer gala de sus habilidades en la cocina haciendo arepas para toda la casa (para el novio, los padres y los peones que trabajan para la familia). En la segunda visita del novio, éste le regala otro almúd de maíz a la novia para que haga mazamorra. Ella pila el maíz, lo que consiste en golpearlo con un mazo de madera -que se llama pilón- hasta que sale el afrecho, que es la cáscara que sale del maíz. El último



regalo (con el que se verifica si la prometida sirve para los menesteres del hogar) es carne de res, generalmente carne de pecho. La mujer hace sancocho para todos. Así, la pareja ya está lista para casarse y formar una nueva familia que hará más grande a la primera.

Textos: Albeiro Valencia Llano

